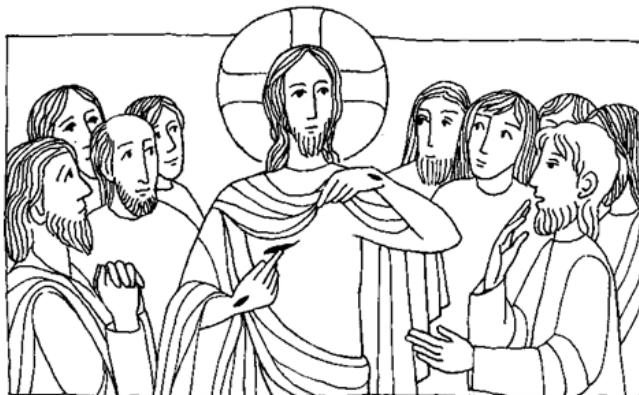


ORAR EN FAMILIA EN LA TARDE DE PASCUA



En la mesa del comedor familiar ponemos un mantel, y en el centro La cruz, velas encendidas y alguna flor o planta pequeña. Sentada toda la familia alrededor de la mesa, verdadera iglesia doméstica, concluimos el triduo pascual con esta celebración.

INTRODUCCIÓN

En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo.

R. Amén.

En la tarde del primer domingo de Pascua el grupo de los discípulos estaba en casa, con las puertas cerradas, y Jesús se hace presente en medio de ellos de una forma nueva. Jesús resucitado está vivo en su Iglesia. Este domingo de Pascua los discípulos de Jesús estamos también en casa, con las puertas cerradas. Pero él se hace presente, con los ojos de la fe podemos verlo en el otro, en la familia, en el vecino.

HIMNO

Cantamos unidos a la alegría de toda la Iglesia:

**Aleluya, aleluya,
es la fiesta del Señor.
Aleluya, aleluya,
el Señor resucitó.**

Ya no hay miedo, ya no hay muerte,
ya no hay penas que llorar,
porque Cristo está vivo:
la esperanza abierta está.

REZAMOS CON LOS SALMOS

En estos días hemos rezado con los mismos salmos que rezó Jesús en la última Cena, son los salmos del Hallel. Esta tarde rezaremos con el Gran Hallel, el último de los salmos que rezó Jesús. Es el salmo 135 que nos invita a ver la naturaleza y la historia con los ojos de Dios y así descubrir detrás de cada cosa, de cada acontecimiento y de cada persona, la misericordia eterna de Dios:

Antífona: Aleluya, aleluya, aleluya.

Salmo 135

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Dad gracias al Dios de los dioses,
porque es eterna su misericordia.

Sólo él hizo grandes maravillas,
porque es eterna su misericordia.

Él hizo sabiamente los cielos,
porque es eterna su misericordia.

Él afianzó sobre las aguas la tierra,
porque es eterna su misericordia.

Él hizo lumbreras gigantes,
porque es eterna su misericordia.

Él hirió a Egipto en sus primogénitos,
porque es eterna su misericordia.

Él dividió en dos partes el mar Rojo,
porque es eterna su misericordia.

Y condujo por en medio a Israel,
porque es eterna su misericordia.

Guió por el desierto a su pueblo,
porque es eterna su misericordia.

Les dio una tierra en heredad,
porque es eterna su misericordia.

En nuestra humillación se acordó de nosotros,
porque es eterna su misericordia.

Y nos libró de nuestros opresores,
porque es eterna su misericordia.

Él dividió en dos partes el mar Rojo,
porque es eterna su misericordia.

Él da alimento a todo viviente,
porque es eterna su misericordia.

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Antífona: Aleluya, aleluya, aleluya.

RECONOCEMOS AL RESUCITADO

LECTURA DEL EVANGELIO

Algunos de los discípulos no creyeron el anuncio de las mujeres. Estaban sin esperanza. Pero Jesús resucitado se abre camino en sus corazones. Dejemos que entre esta palabra en nuestros oídos y en nuestro corazón. Escuchemos con fe el santo evangelio según san Lucas Y se proclama el evangelio (Lc 24, 13-17. 19-20. 25-31. 33-35)

Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús. Iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo

Jesús les preguntó: –«¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?».

Ellos le contestaron: –«Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el libertador de Israel. Y ya ves, hace ya dos días que sucedió esto.

Entonces Jesús les dijo:–«¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?». Y comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura.

Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le apremiaron

diciendo: –«Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída».

Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él despareció de su lado.

Los dos discípulos levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: –«Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

*Se tiene un momento de silencio, interiorizando lo escuchado.
Después se tiene la oración común:*

ORACIÓN DE LOS FIELES

Recemos a Jesús, el Mesías, resucitado de entre los muertos:

R. Quédate con nosotros, Señor.

Señor Jesús, tú te hiciste compañero de camino de aquellos discípulos, haz que te sintamos junto a nosotros en todo momento.

R. Quédate con nosotros, Señor.

Señor Jesús, tú padeciste la cruz para entrar en la gloria, acuérdate de los enfermos, de los que están sufriendo; de los médicos y de todos los que cuidan de ellos, y pon paz y esperanza en sus corazones.

R. Quédate con nosotros, Señor.

Señor Jesús, tú aceptaste la invitación de los dos discípulos para entrar en su casa; entra hoy en nuestra casa y quédate con nosotros.

R. Quédate con nosotros, Señor.

Señor Jesús, los discípulos te reconocieron al partir el pan, haz que te reconozcamos presente cada domingo en el pan de la eucaristía, y que pronto podamos comulgar.

R. Quédate con nosotros, Señor.

Señor Jesús, los discípulos volvieron a Jerusalén, con los demás, haz que amemos a la Iglesia, que deseemos reunirnos cada domingo, y que nunca nos apartemos de ella.

R. Quédate con nosotros, Señor.

Decimos juntos la oración que Jesús nos enseñó:

Padre nuestro...

CONCLUSIÓN

Saludamos a la Virgen María con un canto o el rezo del Ave María.

Hacemos la señal de la cruz sobre cada uno mientras decimos:

Cristo ha resucitado.

R. Verdaderamente ha resucitado.

Bendigamos al Señor. Aleluya, aleluya.

R. Demos gracias a Dios. Aleluya, aleluya.